

serio, me impresionaron y cautivaron vivamente. «¿Ya?» dije sin poder contener mi lengua, que manifestaba mis impresiones demasiado á las claras. Ella ó no oyó mi exclamación ó no se dió por entendida, me hizo una ligera inclinación de cabeza y se dirigió resueltamente al portal.

—Vamos, se comprende el resto de la historia— interrumpió Luis. —Entró, entraste; subió, subiste, y...

—Y te equivocas de medio á medio. Esa fué mi intención, te lo confieso; pero aún no la había formulado por completo mi pensamiento, cuando adivinando ella lo que bullía en mi magín, me dijo: «No puedo ofrecer á usted mi casa porque vivo sola y soy soltera y honrada. Ridículo alarde y excusada prevención puede parecerle á usted semejante advertencia; pero prefiero pasar á sus ojos de usted por necia, que á que me juzgue desagradecida y mal educada.» Yo pude sin duda alguna haberle contestado: «¿Y á mí qué me cuenta usted si yo no aspiraba á tratarla ni á conocerla?» pero en vez de eso la saludé cortésmente, y ofreciéndole la mano, le dije: «Me llamo Miguel Ortiz; soy estudiante de Derecho y me ofrezco á usted incondicionalmente, considerándome dichoso por haber podido prestar á usted el pequeño servicio á que debo el gusto de conocerla. —Doy á usted dos veces las gracias, me contestó, dejando caer su mano en la mía durante un segundo: una por el favor inmenso que me ha hecho, otra por su conducta en este momento. Posible es que no volvamos á vernos

jamás; pero ya que usted me ha dado su tarjeta, no quiero guardar por ridícula desconfianza la mía. Me llamo Matilde, soy menestrala y estoy sola en el mundo. ¡Sea usted tan feliz como se lo deseo, y hasta nunca ó hasta que Dios quiera!» y rápida como una exhalación, vaporosa como una sombra fantástica, desapareció por aquel portal oscuro sin dejar rastro ni huella de su paso.

— Fin del acto primero. La exposición es vulgar y sencillísima; pero tiene algo de nuestro teatro antiguo. Valor, hidalguía y caballerosidad en el galán; misterio, gracia y belleza en la dama... ¡Adelante, chico!...

— No hay más actos — dijo Miguel sonriendo. — A pesar de mis clases y del repaso, te confieso que durante ocho días después del primer encuentro, pasé y repasé por la calle del Salitre varias veces á las horas que tenía libres, de diez á once por la mañana, de tres á cinco por la tarde y de nueve á diez por la noche. Ni una sola vez dejé de mirar detenidamente la casa y el portal donde había hablado con mi bella desconocida. No hay porteros en ella, y creí de mal gusto y de dudoso resultado sujetar á un interrogatorio sospechoso y perjudicial para la pobre muchacha á aquella colección de vecinas alborotadoras y de chicuelos descamisados.

— ¿Y qué más?

— Pues nada más. Me cansé de dar paseos inútiles, volví á mis ocupaciones y á mis estudios y no he vuelto á ver á la heroína de mi aventura hasta el momento

en que la he visto penetrar en nuestro propio domicilio con nuestra amiga Lola.

—¡Conque esas tenemos! ¿Y era su imagen sin duda la que te ha hecho soñar en voz alta por la noche y estar distraído y preocupado de día desde hace dos meses?

—No te digo tanto, pero sí que la he recordado muchas veces con verdadera simpatía y que me ha hecho impresión volverla á ver hoy cuando menos me lo esperaba.

—Pues chico, una de dos: ó la casualidad la ha traído á nuestra casa, ó prendada de su defensor, ha sido más lista que tú, ha averiguado tu vivienda y viene en persona á ofrecerte su corazón. En cualquiera de los dos casos, tu camino está trazado. ¿Es menestrala? ¿Será modista quizás como Lolilla y su amiga y compañera por consiguiente? Pues al asalto con decisión y audacia. Ellas dos y nosotros dos... *partie-carré*. La hablas, la conquistas, y aunque la época no es muy á propósito para nosotros por fin de carrera, preparativos de viaje y despedida eterna de los Madriles, aprovechando bien el tiempo podemos llevarnos ese nuevo recuerdo amatorio á nuestros respectivos lares.

—¡Ella me dijo que era soltera y honrada!

—¿Pues qué querías, que de buenas á primeras y sin conocerte te dijera que era ligera de cascos y por ende plaza conquistable?

Se oyeron dos palmadas fuertes. Era Roque que avisaba estar el almuerzo en la mesa. Ya habían sali-

do de la cocina Matilde y Lola, dirigiéndose al comedor, y Roque, después de decir al paso un chicoleo á su desdeñosa y de haber sonreído á la nueva huésped se dirigió á llamar á los estudiantes.

— ¡A almorzar, que llaman! — dijo Luis á Miguel. — Prepara tus armas, sé elocuente y simpático, siéntate á su lado si almuerza con nosotros y cree que con buen asalto no hay plaza inexpugnable!

— Tienes razón; trabajaré con ahinco... ¡y á ella!

— *Nihil dulcior quam labore fructus* — dijo Luis.

— Eso es: *Labor improbus omnia vincit* — contestó Miguel.

— ¡Amén! — gritó desafortadamente Roque.

Y los tres se dirigieron al comedor.





Tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo...

CAPÍTULO CUARTO

SE PRESENTA EL PROTAGONISTA

Eso sí, á buen corazón, ninguna patrona de huéspedes ganaba á *la Aragonesa*. Sus guisos serían infernales, su carácter dominante y atrabiliario, sus modales groseros y agresivos; pero eso de oír lástimas sin compadecerlas y de escuchar desdichas sin tratar de aliviarlas, no era para ella. Oponerse á sus órdenes, resistirse á sus decisiones era lo expuesto; pero reconociendo su superioridad, pidiéndole protección ó consejos, mujer y carácter al agua. Se volvía de cera, de mantequilla, de pasta flora; se la podía *cocer el pan debajo el sobaco*, como ella misma decía en su lenguaje pintoresco y achulado.

La cosa estaba arreglada. Matilde dormiría en el cuartito último de la izquierda del corredor. No había que hablar del pupilaje hasta el mes vencido, y dada la situación precaria de la pobre huérfana, pagaría cuando pudiera cinco reales diarios, en vez de los seis establecidos; si mejoraba de fortuna, ya le daría el real de diferencia. Se admitía la fianza de Lola, pero fianza moral, sin documento ni señal en metálico. Matilde estuvo á punto de rechazar tan brillantes proposiciones cuando supo que D. Miguel Ortiz vivía en aquella misma casa; pero los buenos informes que acerca de aquel sujeto le dió la patrona y la opinión de Lola, cuando Matilde les contó el lance caballeresco del estudiante, del cual no había referido él una palabra á los huéspedes, prueba de su reserva y su buen juicio, la hicieron pasar por aquel lejano é imaginario peligro. Matilde trabajaría de noche en el comedor, aceptando la tertulia y compañía de D. Atanasio y su esposa para no gastar otra luz, y se divertiría con las canciones eternas de Roque y se distraería con *La Correspondencia de España*, que D. Atanasio leía en voz alta todas las noches, sección de anuncios y papeletas de defunción inclusive. ¿Y qué más? Si á Julia le caía la lotería en el décimo que jugaba todas las extracciones con el tendero D. Luciano y el conserje de la Facultad de Medicina, ella misma iría á ver al terrible casero de Matilde y le pagaría los dos meses caídos y hasta le daría otros dos adelantados para que no la molestase. No podía pedirse más ni tanto; aho-

ra á almorzar, que para todos da Dios, y las patatas guisadas con pimentón estaban diciendo comedme.

Y así se hizo; y se almorzó alegremente, y Matilde, colocada entre Lola y D. Atanasio, frente por frente de Luis y Miguel, serenó su faz triste y hasta se sonrió con alguna ocurrencia del primero y con algún berri-do de Roque.

Levantados los manteles, hipotéticamente, pues no se levantaban, sino que se sacudían por el balcón, y no eran manteles, sino uno solo y que casi no se sabía de cierto si era mantel, sábana ó peinador grande, las modistas, despidiéndose de todos, se dirigieron á la puerta para volver á su taller. Luis, siguiendo su cos-tumbre, quiso acompañar á Lola, sin hacer caso de los gestos y lamentaciones de Roque, y Miguel, esti-mulado por el ejemplo, se preparaba á hacer lo mis-mo con Matilde; pero Lola, con un movimiento rápi-do de sus manos, detuvo á los dos en la misma puerta del comedor, diciendo:

— Es muy feo querer enterarse de los negocios ajenos. Mi amiga y yo tenemos que hablar de asun-tos nuestros por el camino; necesitamos estar solas y no queremos hoy cirineos; conque señores míos, nosotras á coser, ustedes á estudiar, que buena falta les hace, y hasta la noche si Dios quiere. No se ad-miten protestas ni reclamaciones. He dicho — y ha-ciendo pasar delante de ella á Matilde, abrió y cerró la puerta de la escalera con estrépito, dejando á los estudiantes con un palmo de boca abierta.

— ¡Cuando digo que es de la piel del diablo la chiquilla y que vale más oro que pesa! — dijo D. Atanasio encendiendo su cigarrillo.

— Vamos á verlas salir — añadió Luis, llevándose al balcón á Miguel.

— Me gusta, me gusta la pobre muchacha — murmuró Julia desde la cocina, y Roque, elevando las manos al cielo y lanzando su poderosa voz, cantó sin perdón de Arrieta:

— En las alas del deseo
Mi ilusión la ve brillar, etc.

Y no habían transcurrido cinco minutos cuando un feroz campanillazo hizo retemblar las paredes del edificio, y sin dar tiempo para acudir á aquel llamamiento desacostumbrado, sonó un segundo más fuerte que el primero y un tercero prolongadísimo á modo de campanilla de timbre eléctrico.

— ¡Qué barbaridad! — dijo Roque corriendo á abrir la puerta.

— ¿Qué sucede? — dijeron todos, asomándose cada cual á su habitación respectiva.

Un hombrecillo como de cincuenta y cinco años de edad, con la fisonomía más alegre del mundo, con ropa de viaje limpia y de no mal corte, una sombrerera y bastones y paraguas en una mano y una manta en la otra, seguido de un mozo de cordel con un baúl mundo y una maleta, penetró rápidamente por el pasillo.

— ¡Aquí es, aquí es! — dijo alegremente. — ¡Gracias

á Dios que vuelvo á visitar esta horrible guarida!

Casaba tan mal la alegría que expresaban sus palabras con las palabras mismas, que todos se miraron unos á otros, hasta que Julia le dijo:

— ¿Qué quiere usted decir y á quién viene buscando, no en esta horrible guarida, sino en esta honrada casa?

— A usted busco sin duda alguna, si es usted la patrona.

— La misma que viste y calza, para lo que guste mandar. ¿Qué se ofrece?

— No es usted la que yo conocí dirigiendo esta casa hace veintiocho años.

— Ya lo creo que no — dijo D. Atanasio, terciando en la conversación; — pero es lo mismo.

— Tal creo, á juzgar por la banderita del balcón, que estaba poco más ó menos lo mismo que ahora. Lo que se ha hecho ha sido cambiar de nacionalidad, pues antes la razón social era *la Catalana* y hoy *la Aragonesa*. De Aragón á Cataluña no es grande la distancia. ¿Es usted acaso parienta de la propietaria antigua?

— Ni poco ni mucho — dijo Julia. — Murió la dueña, traspasóse el establecimiento, ó mejor dicho, se subarrendó el cuarto, y yo le tomé. Aquí le tiene, como á mí, á su disposición, y se acabó el cuento. Veamos qué se le ofrece.

— Lo primero, que descargue el mozo el equipaje, pues aquí me vengo; y lo segundo, que conteste usted á mis preguntas.

— No hago otra cosa hace diez minutos, señor mío;



pero vengan más, ya que le ha dado á usted por ahí.

— ¿Es usted efectivamente aragonesa, patrona?

— De Ciempozuelos, para servir á usted, pueblo que está mejor de aguardientes que de patronas; pero conmigo basta para acreditar el género.

— ¿Y en su casa abunda la parroquia que en mis tiempos? Algún que otro militar retirado, estudiantes, modistas...

— Lo mismo, lo mismo.

— ¿Sigue siendo el comedor la pieza grande al final de este pasillo, con aquel olor maldito de la cocina, que no puede resistirse?

— ¡Lo mismo, lo mismo! — dijo Luis soltando la carcajada.

— ¡Pues hombre, me gusta el descaro! — gruñó Julia de mal talante.

— ¡Se siguen dando de comer aquellos guisotes picantes y claruchos y aquel arroz con bacalao cada-
vérico? — insistió el forastero con cara de risa.

— ¡Lo mismo, lo mismo!

— ¡Tipo más particular! — decía para su capote D. Atanasio.

— ¿Y tiene usted desocupado por casualidad el penúltimo cuartito de la derecha, el que está pared por medio del retrete y huele siempre á demonios?

— Sí, señor; desocupado está: no hace cuatro días que se ha ido un teniente coronel que ha pasado con nosotros todo el invierno.

— ¡Mi cuarto! ¡mi cuarto! ¡Oh placer! ¡Mío es desde

ahora! Mozo, entre usted allí mis chismes y todos los que traigo á la mano.

Dió efectivamente el viajero la sombrerera y sus bastones al mozo, entró éste pasillo adelante guiado por Julia, y colocó mal que bien todos los chismes en el reducido cuartucho que le indicaron. Salió, págole el forastero y fuése mientras éste avanzaba resuelto hacia el comedor, precedido por D. Atanasio y seguido con creciente curiosidad por los estudiantes y Roque, que cantaba, como Rosell en *Los Sobrinos del Capitán Grant*:

— Soy militar retirado
Con doce duros de paga al mes...

— Ni soy militar, ni tengo tan poco sueldo, muchacho. Conque patrona — continuó dirigiéndose á Julia, — ¿cuánto cuesta el hospedaje común, el usual, el que marca la tarifa de la casa?

— Seis reales y medio con principio — contestó Julia, queriendo cobrar aquel exceso en gracia de la extravagancia del personaje.

— Medio real más caro que de costumbre. ¡Mucho es eso!

— Amigo y señor mío, la contribución sube más cada día...

— No quiero discutir ni regatear; adelante, pero ha de ser con su cuenta y razón. Quedamos en que se seguirá comiendo del peor modo posible...

— Si ya desacredita usted la comida sin probarla...



— Quiero hacerla justicia y nada más. Ha de tener todo poca substancia; las carnes, ó mejor dicho, los huesos han de ser atrasadillos y con toda la espuma negra posible. En materia de salsas, todas han de consistir en harina enmohecida y aceite rancio, á modo de botica, y de cuando en cuando se ha de encontrar en la sopa cada pelo que tiemble el misterio.

— ¡Oiga usted, en mi casa no hay porquerías y todo está más limpio que el oro!

— Déjele usted, patrona — dijo Luis riendo; — todos los pelos sueltos que nos encontremos los demás, se los iremos regalando al señor, hasta que pueda convertir su plato en una peluca, puesto que le agradan.

— ¡Se conoce que el señor no repara en pelillos! — dijo Roque, dando rienda suelta á su risa chillona y casi cantable.

— ¡Vaya! ¡vaya! Basta de conversación, y tú, Roque, arregla en seguida el cuarto de este caballero — dijo Julia al criado, que seguía riéndose á mandíbulas batientes.

— ¡Calla! ¿Tenemos criado en casa? ¡Eso sí que es lujo! ¿Eres tú el criado, buena pieza?

— *Ego sum, ego sum*

El leguito del convento;

Ego sum además

Mandadero y sacristán!...

cantó Roque, haciendo una cortesía á su interlocutor.

— Sea enhorabuena, y me parece que haremos bue-



Aquí es, aquí es, dijo alegremente

nas migas. Toma por adelantado un duro de propina, y sírveme lo peor que puedas. Todo lo peor, muchacho.

— ¡Un duro! — exclamó Roque apoderándose de la moneda alfonsina que el forastero le ofrecía. — ¡Gracias, gracias!, y cuente usted desde ahora con que ni estaré nunca á sus órdenes cuando usted me llame, ni podrá contar conmigo cuando me necesite.

— ¡Eso es precisamente lo que quiero!

— ¡Tiene gracia! — decía Luis á Miguel, examinando con curiosidad aquel tipo extravagante, que no había dejado de sonreír alegre y expansivamente desde su entrada en la casa.

— Ahora, ajustemos cuentas, patrona. Paga adelantada, como en mis buenos tiempos y en los de *la Catalana*, su antecesora. Yo pago, según costumbre, por semana; siete días á seis reales y medio hacen cuarenta y cinco reales y trece céntimos; ahí tiene usted cuarenta y seis; me devuelve usted doce céntimos, y en paz hasta el miércoles que viene.

— ¡Corriente! — dijo Julia. — ¡Qué exactitud! — sin compaginar bien aquella reclamación de los doce céntimos sobrantes con el regalo del duro á Roque. — Tómelos usted.

— Vengan. Ahora tome usted ese billetico de veinticinco pesetas para que se compre á mi salud una toquilla nueva...

— ¡Oiga usted, mi mujer no admite regalos de nadie! — dijo D. Atanasio, interponiéndose entre Julia y el billete que tenía en la mano el nuevo huésped.

— Eso es otra cosa, amigo mío. Entonces tómelo usted y regale á su esposa la toquilla en mi nombre; es gusto mío, no ofendo con eso ni á usted ni á ella, y creo que no soy merecedor de un desaire.

— ¡Hombre... Si lo toma usted así!...

— Lo tomo, y me disgustaría en extremo que usted no aceptara esa miseria con la misma buena fe con que yo la ofrezco.

— No hablemos más de ello entonces: toma el billete, mujer, y trata bien á tan generoso huésped.

— ¡Poco á poco! La única condición que impongo á usted es que ni por eso ni por nada se trate de distinguirme de mis compañeros de domicilio: aquí todos somos iguales; todos pagamos lo mismo; y á la menor señal de preferencia, á la más insignificante muestra de desequilibrio injusto, cojo mi cofre y no me vuelven ustedes á ver el pelo en su vida.

— ¿Qué quiere decir esto? — preguntó Miguel á Luis. Este se contentó con colocar el índice de su mano derecha en la sien y darle un movimiento de rotación acelerado. Sorprendió el gesto el forastero; leyó el estupor en las fisonomías de sus oyentes, y sentándose con calma y sonriendo, les dijo así:

— Muy justo es, desconocidos amigos míos, que les sorprendan mis extrañas palabras y mis alegres y estrambóticas ideas; pero todo tiene en el mundo su explicación, y yo voy á dársela con mucho gusto, antes de que se afirmen en la creencia de que mi juicio no está sano ó de que le falta algún tornillo á mi cabeza ya entrecana.

Todos hicieron un movimiento de protesta, pero tan débil, que el forastero continuó su relato como si nada hubiera visto.

— ¡Yo he sido tan joven como el que más!

— ¡Ya lo creo!

— ¡Naturalmente!

— ¡Como todo el mundo!

— Pero también como el que más he sido tronera y desaplicado y amigo de cuchipandas y belenes, como se decía entonces, ó de *juergas*, como se dice ahora.

— ¡Ole por los barbianses! — gritó Roque.

— Hace cerca de treinta años que vine desde mi pueblo á Madrid á estudiar Leyes...

— ¡Calla! ¡Como tú, Miguel!

— ¡Compañero! — dijo éste acercándose con interés al viejo. — ¿Y tomó usted el título?

— ¡Ya lo creo! Abogado soy hecho y casi deshecho, aunque no ejercí jamás ni pienso ejercer en toda mi vida.

— ¡Adelante! ¡adelante! — dijeron todos, estrechando más el círculo.

— En aquella época feliz é inolvidable, yo no contaba más que con quince duros mensuales que me mandaba mi pobre madre á fuerza de ahorros y sacrificios. Con ellos tenía que pagar mi pupilaje, vestir decentemente, fumar y dejar algo para imprevistos y conquistas.

— ¡Como nosotros!

— Poco más ó menos.

—Yo lo mismo, menos los quince duros —añadió Roque.

—¿Pero dónde se ha visto que un criado se meta en las conversaciones de sus amos? —dijo D. Atanasio, queriendo echárselas de señor de su casa.

—Déjele usted. Yo también le doy vela para este entierro. Pues como os decía, en esta misma casa donde ahora me encuentro pasé seis años de mi juventud, los mejores de mi vida. Hambre á discreción, pero salud y alegría á qué quieres boca. Aquí estudié todo lo menos que pude, y aquí concluí mi carrera, riendo, amando y no cambiándome por el Presidente del Consejo de Ministros. No guardo memoria alguna del Madrid espléndido, fastuoso, rico; ni conocí sus salones aristocráticos ni sus *meetings* políticos ni sus academias científicas; pero aprendí de corrido, y aún no he podido olvidarlos, sus verbenas, sus billares, sus tendidos de sol en los toros, su entrada general en los bufos de Arderíus, sus baños del río y su Monte de Piedad. ¡Pues y el baile de la Camelia con sus polkas infernales y su disimulado cancán por todo lo alto y sus habaneras por todo lo bajo! Cuando el hombre llega al invierno de la vida, ¿cómo no recordar las breves y encantadoras horas de su perdida juventud? Salí de Madrid hace veintisiete años y acababa de cumplir veintiséis, conque podéis echar la cuenta. Desde entonces no he vuelto á pisar la Villa y Corte. Viví en mi pueblo, heredé la cuantiosa fortuna de mi tío; me casé con una mujer más rica aún,

no tuve hijos, y poco á poco fueron muriéndose todos los seres de mi familia, empezando por mi madre y acabando por mi mujer, á quien perdí hace un año cumplido. Al verme completamente solo, rico, sin nada en que ocuparme y próximo á la edad en que la indiferencia y los achaques condenan al hombre á la quietud forzada, me ha dado el capricho de recorrer los sitios en que nacieron mis ilusiones, en que amé por vez primera, en que fuí feliz entre la escasez y la esperanza. ¡A Madrid!, me dije, y ahora acabo de llegar en un vagón de primera y con seis horas de retraso.

— ¿De modo que viene usted á girar una visita arqueológica? — dijo Miguel.

— A hacer un balance retrospectivo — añadió Luis.

— Ni más ni menos — continuó el forastero.

— Tal vez tenga usted que saldar algunas cuentas atrasadas, y no querrá dejar la vida con el estigma de mal pagador.

— Algo puede haber de eso, y aun algos, como decía Sancho. No quiero hacerme mejor de lo que soy, y mentiría si no dijese que á pesar de los años transcurridos y en medio de mi riqueza y de la calma de mi hogar doméstico, siempre he tenido disputas y disgustillos con mi conciencia.

— ¡Cuando yo decía que su cara de usted, á pesar de su benévola sonrisa y de sus ojos alegres, no me inspiraba confianza!

— ¡Hombre! Usted no ha dicho semejante cosa, aunque la haya pensado, y en cuanto á mí, si me tengo por

pecador, no me conceptúo impenitente. ¿Quién no tiene algo de que acusarse? Puede que lo que yo llamo alguna vez tristeza en mis ratos de soledad sea remordimiento; pero á bien que si es tiempo, puedo dedicarme á reparar faltas ó á indemnizar perjuicios. Mientras, ya saben ustedes — y se levantó al decirlo — el objeto de mi viaje. En mí tienen un amigo, como yo quiero serlo suyo, y si me ayudan y hasta me acompañan en mis excursiones y mis visitas recordatorias, podré conceptuarme todavía como el hombre más dichoso de la tierra.

— Mala época es por nuestros estudios.

— El fin de curso nos absorbe por completo, pero algo nos dejará para corretear en su compañía.

— Y si no, aquí estoy yo, para lo que usted guste mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad — añadió Roque.

— Menos tengo yo que hacer — dijo D. Atanasio, — y podré darle convoy con frecuencia, sirviéndole de cicerone al mismo tiempo. Madrid está desconocido desde que usted no lo ha visto: recorreremos sus barrios nuevos, sus establecimientos de lujo, sus modernos edificios...

— Ni por pienso, patrón. ¡Yo lo que quiero es recorrer el viejo, el desmantelado, el mío! ¡Lo que quiero, es visitar hoy, casi anciano y con dinero, todos los sitios donde fuí feliz joven y sin una peseta! ¡Quiero ir á los lavaderos del río á comer callos! ¡Quiero dormir alguna noche al sereno en un banco de la plaza de Oriente!

— ¡Pulmonía doble!

— ¡Bronco-pneumonía!

— ¡Congestión pulmonar!

— ¡No importa, no importa! Yo soy hombre de aquellos tiempos y estoy blindado. Quiero ir á caza de usureros y ver cuánto dinero los atrapo; quiero empeñar mi capa aunque me muera de frío por las noches; quiero perder el reloj á una partida de carambolas y que me lleven á la Prevención por romper faroles y tomar una papalina en el puente de Vallecas.

— ¡Vamos! ¡Usted quiere que le rompan el alma, y pagarlas aquí todas juntas! — dijo Luis dando una palmada en el hombro á su nuevo compañero.

— ¡Eso! ¡eso! — dijo riendo á más y mejor el hombre-cillo. — Pasar apuros, sufrir contrariedades, encontrarnos todos á la cuarta pregunta, y cuando patronos y acreedores y usureros lo tomen en serio, ¡yo lo pago todo, todo; lo tuyo, lo mío, lo de todo el mundo!

— ¡Ah! ¿Usted lo paga todo?

— ¿Y también lo atrasado? — dijo Luis.

— ¡Todo, absolutamente todo!

— ¡Demonio! ¡Usted es el maná, que nos ha caído del cielo!

— ¡El premio gordo!

— ¡El cuerno de la abundancia!

— Acepto hasta lo del cuerno, con tal que empecemos ahora mismo. A ver, en primer lugar, ¿cómo os llamáis vosotros? ¿No hay aquí más huéspedes?

— Tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo D. Miguel Ortiz de Lanzagorta — dijo Luis adelantán-

dose un paso y cogiendo de la mano con solemnidad cómica á Miguel, que no podía estar de risa. — Mu-chacho distinguidísimo, natural de Cuenca, estudiante del último año de Leyes y carambolista de primera.

— ¡Eso lo veremos! ¡Más carambolista que yo, nadie!

— Quisiera verlo — dijo Roque interponiéndose.

— Apártate, mochuelo, y deja que concluyan las presentaciones, que después habrá tiempo para lo demás. Preséntame, Miguel.

Este repitió el juego de su amigo, y adelantándose con Luis de la mano, dijo:

— Presento á usted á mi vecino, amigo y compañero D. Luis García, segoviano empedernido, estudiante del último año de Medicina y Cirugía, uno de nuestros primeros repartidores de puñetazos y más carambolista que yo.

— ¡Lo veremos también! Ahora me toca á mí; como no hay quien me presente, lo haré yo mismo para evitar digresiones. Señores, tengo el honor de presentar á ustedes á D. Blas...

— ¡D. Blas, D. Blas! — dijeron los estudiantes alborotando. — No hace falta el apellido, basta con D. Blas.

— Lo dijo Blas, punto redondo — gritó Roque.

— Natural de... — intentó seguir el viajero.

— ¡No hace falta! Sea bienvenido D. Blas. ¿Tiene dinero? ¿no puede ser más distinguido! ¿Dice que lo paga todo? ¿no puede ser más ilustre! ¡Viva D. Blas, y venga de donde venga!

— ¡Así me gusta, y eso es lo que yo quería! Desde

este mismo instante apeo á todo el mundo el tratamiento, y quiero que hagan lo mismo conmigo.

— ¡Hombre! ¡Eso no! ¡La diferencia de edades y de posición!...

— ¡Aquí no hay edades, todos somos unos muchachos! Aquí no hay posiciones, todos estamos sin un céntimo, como ahora se dice, ó sin un ochavo, como se decía en mis tiempos. Una peseta tengo; ¿quién me la juega á cien carambolas?

— ¡Yo! ¡Yo! — dijeron á un tiempo Luis y Miguel. — En la misma casa hay billar.

— ¡Cómo! ¿Aquí? ¡Esos sí que son adelantos! — dijo D. Blas absorto.

— ¡Aquí no! En la planta baja con entrada por el portal.

— En mis tiempos esa tienda era una buñolería. ¡Abajo! ¡abajo! Y te doy á ti, Luis, treinta carambolas para las ciento.

— ¿A mí? ¡Yo le doy á usted cuarenta!

— A verlo vamos. ¡Abajo! ¡abajo!

Y sin esperar más, y dejando sin saber qué pensar de tan extraño personaje á Julia y su marido, bajaron los tres alborotando por la escalera, y entraron en el billar pidiendo bolas y tacos á gritos.

Quiso Roque seguirlos, dado su natural expansivo y su aversión á los quehaceres domésticos; pero *la Aragonesa* le detuvo diciéndole:

— ¡Eh, tú, zarzuelero maldito, á casa! Arregla el cuarto de D. Blas. Ven á ayudarme á secar la loza, y

almorcemos tú y yo, que todavía no nos ha llegado la hora con los dos nuevos huéspedes que nos han caído.

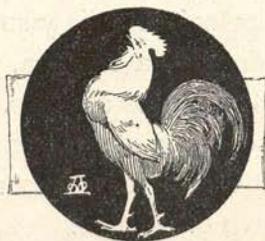
— Váyase el uno por la otra — dijo D. Atanasio. — Si la modista nos puede costar el dinero, este D. Blas, que me parece algo chiflado, nos dejará de seguro por ella y por él.

— ¡Eso es lo que á ti no te importa! — gruñó *la Aragonesa*.

— De acuerdo en un todo contigo, y por eso me largo. Voy á ver el partido abajo, que ó mucho me equivoco, ó con ese hombre estrambótico vamos á tener diversión para días.

Y D. Atanasio salió de su casa, bajó la escalera á escape y penetró en el billar, mientras Roque cantaba dando trastazos en el cuartucho de D. Blas:

— El que vive en la cocina
Y trabaja en el fogón,
En horrible chamusquina
Tiene siempre el corazón.





En cambio, la noche fué triste y larga para Matilde

CAPÍTULO QUINTO

¡AL ASALTO!

- Hay que convenir en que D. Blas era simpático de veras. Sus ojillos grises, de una movilidad extraordinaria, conservaban todavía el bailoteo insinuante de la juventud; aunque bajo de estatura, su cuerpo era bien proporcionado y bien formada su pierna y agradable su fisonomía, iluminada sin cesar por una sonrisa benévola y cariñosa, que si hoy excitaba simpatía, de seguro en sus años juveniles debía haber robado los corazones. Y así era en efecto: entre los recuerdos de que sin cesar hablaba, no figuraban, por modestia ó poca confianza aún con los estudiantes, los pertenecientes al sexo femenino, y éstos eran, á decir verdad, los que

constituían el mayor número de sus pasadas glorias.

Cerca de ocho años duraron en Madrid sus estudios, y la cuenta de sus conquistas amorosas en dicho tiempo hubiera hecho rabiarse de envidia á los nuevos estudiantes. Y no es que la generación presente no sea tan apta como la anterior para empresas amatorias, sino que hoy da la juventud al amor un sitio reducido entre las ocupaciones científicas, políticas y sociales de la existencia, y hace treinta ó cuarenta años la lista de un muchacho se reducía á lo siguiente:

Memorándum para el día 18, por ejemplo:

- 1.º Ver á Fulana.
- 2.º Escribir á Zutana.
- 3.º Pasear la calle y hablar por el ventanillo con Perengana.
- 4.º Estar toda la tarde con Mengana.
- 5.º Asistir en el baile de la Zarzuela á la cita de Fulana.
- 6.º Cenar con una y pensar en otra y amar á todas... y estudiar cuando tenga tiempo ó me sea posible.

Este fué el método de vida de D. Blas en Madrid cuando estudiaba Leyes, y puede decirse que ese era, con poquísimas diferencias, el de todos sus compañeros.

¡Digo si el buen D. Blas tendría recuerdos agradables de la villa y corte, y si echaría hoy de menos, á los cincuenta y cinco años, su cabello negro, su genio vivo y emprendedor, su chispear de ojos y su decidida adoración por las hijas de Eva!

La tarde del día en que le hemos presentado á nuestros lectores fué inocentemente tempestuosa. Se jugó al billar una partida de carambolas que ganó Miguel, otra que ganó Luis, otra que ganaron ambos contra D. Blas; éste rompió el paño y lo pagó con rumbo; se bebió cerveza y limonada gaseosa y agua de Seltz y agua del pozo del billar; y juntos se lanzaron los tres á la calle, llamando no poco la atención de los pacíficos transeuntes; y recorrieron en tranvía barrios y barrios, y tomaron en Pombo barquillos rellenos de mantecado y fresa, y en Viena quesitos helados de café, y unos pastelitos en Fornos y más cerveza en el Suizo, y volvieron al anochecer á su plácido turgurio de la calle de Atocha con el estómago repleto, los pies rendidos y la cabeza caliente.

— ¿Pero en esta casa no hay mujeres? — gritó don Blas al sentarse en una silla del comedor.

— ¿No me tiene usted por tal? — dijo Julia, que había salido á recibir á sus alegres huéspedes.

— Por tal la tengo, señora; pero aparte de que usted como mujer casada no entra en cuenta, yo sólo quería decir, sin intención malévola en mi pregunta, si no tenía usted ahora huéspedes y si sólo habitábamos machos en los alcázares de *la Aragonesa*.

— Hembras hay, y guapas por cierto — le respondió Julia.

— ¿Y en plural, según eso?

— En cuanto llegan al plural, porque no pasan de dos, y jóvenes y lindas; pero son modistas, salen del

taller después de anochecido y llegan á casa á la hora de la cena.

— Bendita sea esa hora y benditas sean ellas si son como usted las pinta.

— Mucho que sí; pero debo hacer á D. Blas una advertencia, que nunca estará demás, tanto porque yo ignoro cómo estaría de buenas costumbres mi antecesora *la Catalana*, como porque á pesar de su genio alegre, los años de usted ya le obligan á tenerse firme en terreno tan resbaladizo.

— Venga la advertencia, y dejemos mis años para cuando venga al caso.

— Pues advierto á D. Blas, valga por lo que valga, que en mi casa se habla, se ríe, se bromea, hasta se canta si llega el caso, que guitarra tiene mi marido y un vozarrón terrible Roque; pero en pasando de ahí, pare usted de contar. Para amistad y franqueza... á mi casa; para amores y líos, á la calle.

— Moral rígida, austera y práctica. Eso se llama entender el mundo y sus alrededores. Yo no preguntaba más que por curiosidad. Con mis años, no crea usted que me gusta ponerme en ridículo y andar á caza de gangas femeninas. Lo pasado, pasado; y á casa, que llueve.

— ¿Hay gana de cenar, D. Blas? — dijo Julia dando decididamente otro rumbo á la conversación.

— Tengo la cabeza algo mareadilla con el jaleo de esta tarde, y estoy con más ganas de dormir que de comer. ¡La pulga que me pique esta noche!...

— De pulgas no hay gran cosecha, y la de las chinches no ha empezado todavía.

Y con esto se fué *la Aragonesa* á la cocina y quedó D. Blas en el comedor entre soñoliento y ensimismado.

Miguel se había puesto á repasar sus libros de texto: quería ganar el tiempo que había perdido aquella tarde, y con los codos apoyados en la mesa y la frente en las palmas de las manos, á la pobre luz del pequeño quinqué de petróleo que encendió él mismo, se abstraigo completamente del mundo exterior, hasta el punto de no notar la salida de Luis. Éste no se fué á su habitación, sino que abrió sin hacer ruido la puerta de la escalera y bajó al portal con ánimo sin duda de esperar en él á Lola, que ya debía tardar muy poco tiempo en llegar á casa.

En efecto, no habían transcurrido diez minutos de su escapatoria, cuando aparecieron en la puerta de la calle las dos modistas. Matilde traía un pañuelo en la mano, atado por sus cuatro puntas y conteniendo sin duda ropa y objetos diversos, á juzgar por el bulto, y Lola otro llo de grandes dimensiones, envuelto en un periódico.

— ¡Tardecito regresamos hoy, vecinas! — dijo el estudiante deteniéndolas.

— Los negocios ante todo — le contestó Lola. — Hemos tenido que evacuar algunos desde la salida del taller, y nos hemos retrasado. ¿Cómo no has ido á esperarme á la salida?

— Con tu permiso, hija — dijo Matilde, pasando por entre los dos y dirigiéndose á la escalera: — me pesa el pañuelo y tengo que arreglar todo esto en mi cuarto.

— Ahora mismo subo — la respondió Lola.

— Pase usted sin miedo, prenda — añadió Luis saludándola: — he dejado entornada la puerta y puede usted entrar sin llamar la atención de nadie ni sacar de su estudio á los jóvenes aplicados.

Matilde no contestó á la alusión; subió sin ruido, entró cautelosamente en la casa y pasó sin que Miguel lo notara hasta la habitación que Julia le había indicado como suya. Ésta la sintió, sin embargo, y juntas se pusieron á charlar y á arreglar una cómoda pequeña, verdadero mueble de importancia de la casa.

Mientras, Lola y Luis continuaban su diálogo.

— Pero bien; ¿y qué hombre es ese que os ha zarrandeado esta tarde de tal modo y te ha impedido ir á buscarme?

— Un viejo de lo más alegre y simpático del mundo; aunque yo tengo para mí que no anda muy bien de la cabeza. ¡Verás, verás! — y contó á Lola detalladamente la entrada de D. Blas, el objeto de su viaje á Madrid y todo cuanto había ocurrido desde el mediodía.

— En fin, si es tan rico como dice y como se ve por la muestra de hoy, no nos faltará diversión en estos días, porque supongo que habrá para todos — dijo Lola.

—Y satisfecha ya tu curiosidad en este punto— continuó Luis, — haz el favor de satisfacer ahora la mía. ¿Qué chica es esa cariacontecida y melancólica, que te has traído contigo esta mañana y que según parece se queda á vivir en casa?

— ¡Pues hijo, á la vista está! Una compañera de taller, muy honrada y un poquillo mojigata, según las señas; huérfana, como yo y como casi todas nosotras; pobre casi de solemnidad, porque la han echado del cuarto donde vivía por no pagar al casero, y que borda de un modo admirable. Ha estado enferma un mes, se ha quedado sin un céntimo, y agotados todos sus recursos, aquí se propone, con mi ayuda, ir adquiriendo otros nuevos.

— ¿Y no tiene amante ni novio siquiera que se interese por ella?

— Y dice que ni le ha tenido ni piensa tenerle, aunque ya ha cumplido los veinticuatro.

— ¡Chica! ¿Y qué se propone entonces en este mundo?

— Pues espera encontrar un marido, según parece.

— ¡Demonio! ¿Marido á estas horas? ¡Pues ya puede esperarle sentada!

— ¿Tan imposible te parece la cosa?

— No creo que haya nada más imposible en el mundo.

— ¡Oye! Y entonces, ¿por qué me has ofrecido mil veces casarte conmigo?

— En primer lugar, porque te lo sigo ofreciendo

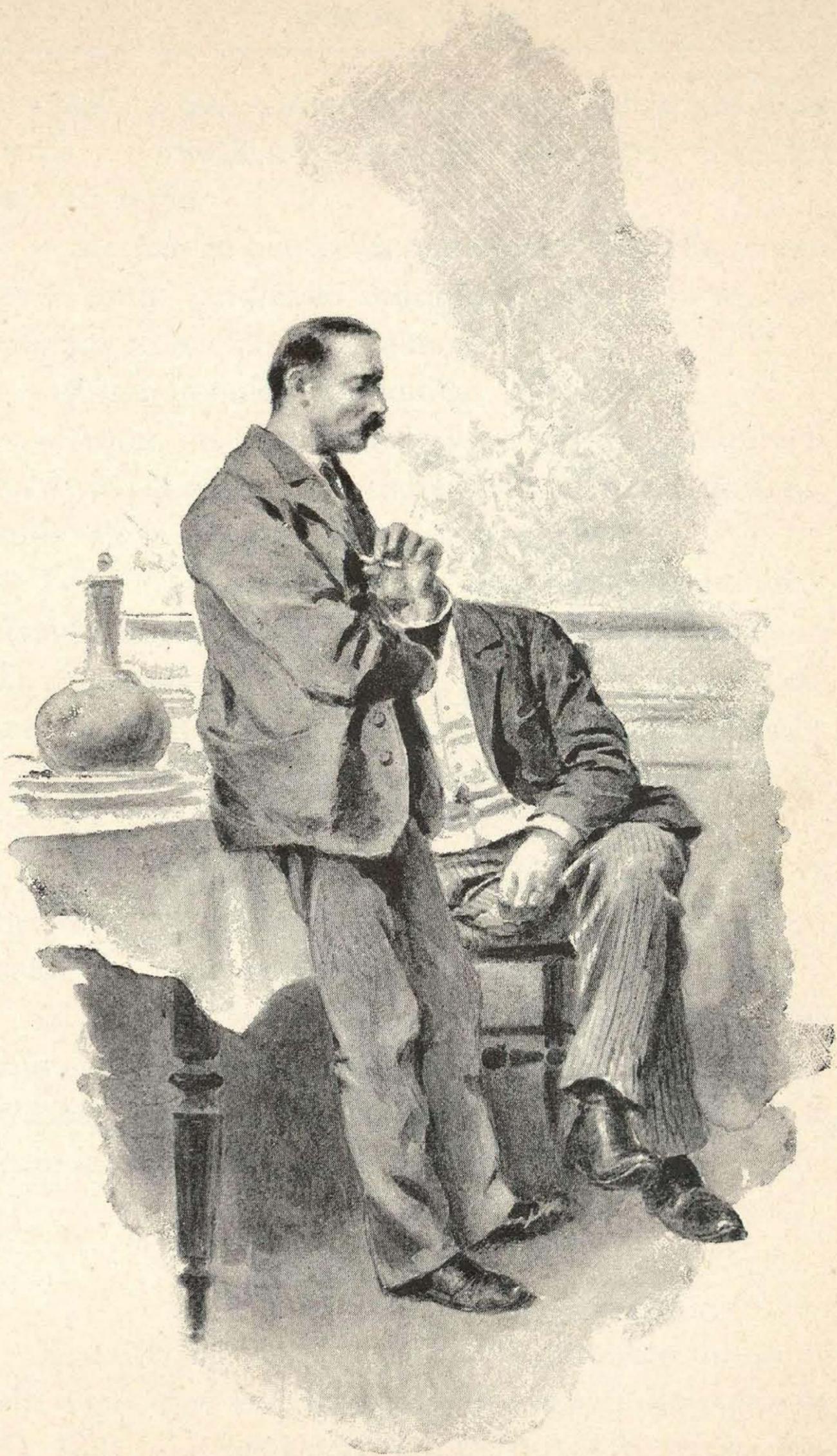
todavía; y eso no es conseguir marido, sino ofrecimiento de serlo; lo cual, como comprendes, no es lo mismo. Puede ser muy grande mi voluntad, y eso constituye el dicho; pero puede serme imposible cumplirla, y eso constituye el hecho; y por eso sin duda se ha dicho «que del dicho al hecho hay gran trecho.» Y en segundo lugar, niña mía, porque nosotros somos ya novios, y de los novios se hacen los casados; pero si esa amiga tuya confía en encontrar marido, y éste no ha de pasar antes por novio, dígotte que se quedará para vestir imágenes.

— De nuestras cuentas ya hablaremos, porque no me parecen hoy muy claras; pero respecto á las de Matilde, te diré, por lo que pueda tronar, que al reconocer á Miguel, que la defendió cierta noche del ataque brusco de unos borrachos, quería marcharse de aquí y no admitir, á pesar de sus apuros, la hospitalidad de *la Aragonesa*.

— ¿Y por qué? ¿Teme acaso que Miguel se extralimite con ella por haberla conocido? ¿ó teme interesarse demasiado por su defensor nocturno?

— Te digo que ella es algo mojigata y meticulosa, hasta el punto de no haber querido compartir conmigo cuarto y cama, ahorrándose bastante dinero, sólo porque yo gasto el genio alegre, tengo novio y me gusta no morirme de tristeza.

— Pues á Miguel no ha dejado de hacerle impresión la chica; y como yo no creo de buenas á primeras en la *incorruptibilidad* de las modistas, ¡ay!, á pesar de



D. Blas dormía en el comedor; D. Atanasio fumaba...

ese pellizco que acabas de atizarme, le diré que si de veras le interesa, no se ande por las ramas y la asalte en toda regla.

— Me parece que perderá el tiempo con ella, como yo lo estoy perdiendo contigo; y de esto ya te digo que quiero hablarte formalmente.

— ¡Cuando quieras, chiquilla!

— Ahora no, que es tarde y ya nos estarán quitando arriba el pellejo; — y cogiéndose del brazo de Luis, subió en tres brincos la escalera.

Todo estaba en silencio. Miguel continuaba estudiando en su cuarto; D. Blas dormía en el comedor; D. Atanasio fumaba; Roque ponía la mesa para comer ó cenar, porque ambas cosas eran una misma, y Julia y Matilde charlaban de lo lindo en la habitación de esta última.

— Las ocho, señores — gritó Lola al entrar, — y yo me estoy muriendo de hambre. ¿No se come en esta casa?

Al ver á Lola del brazo de Luis, no pudo Roque contenerse, y con una cara de bondad en abierta contradicción con lo terrible de las palabras, cantó por lo bajo la conocida frase de la *Marsellesa*:

¡Yo quiero ver á ese hombre
Colgado de un farol!..

Reuniéronse todos; comióse como Dios quiso, no sin algún que otro gesto de desagrado del valiente D. Blas, que poniendo por las nubes la cocina mo-

derna de *la Aragonesa* en parangón con la de la antigua *Catalana*, sacaba fuerzas de flaqueza para engullírsela, y así se empleó cerca de una hora.

Si hemos de ser fieles cronistas, el gasto en la mesa y en la sobremesa lo hizo D. Blas exclusivamente, con la aprobación explícita de D. Atanasio y tácita por parte de los demás comensales.

Cada uno parecía estar preocupado en asuntos propios, y sólo asentía á tomar parte en los ajenos por buena educación y por el deseo de que no coartaran su independencia individual. Miguel sonreía de cuando en cuando á Matilde, como dándola á entender que guardaba él su secreto y que respetaba su silencio. Ésta por su parte sólo aprovechaba los momentos de abstracción de Miguel para observarle á hurtadillas y fingir de paso la mayor indiferencia. Lola atarazaba á pellizcos á Luis cuando éste se permitía alguna frase galante á su nueva vecina, y Luis por su parte no escaseaba los apartes intencionados y los pisotones amorosos á su novia. El bueno de Roque, entre copla y copla, llenaba los vasos, mudaba los platos, y lanzaba miradas incendiarias á Lola y de desesperación al cielo cuando ella y su estudiante se olvidaban de sí propios.

Llegó al cabo, como todo llega, el fin de la sobremesa, y previos los saludos de cajón y la afirmación de cada uno de que todos estaban rendidos y con gana de dormir más que de charlar, se deshizo la tertulia.

Lola y Matilde se retiraron al cuarto de ésta, para que viera cómo le había arreglado y dónde había colocado los restos de su naufragio, que de su cuartito abandonado habían ido á sacar aquella misma tarde después de salir juntas del taller. D. Blas, á quien duraban aún las agujetas del ferrocarril y del billar, cayó en su cama como si fuera de pluma, y Luis y Miguel afirmaron que cada uno se iba á su respectivo cuarto para repasar sus lecciones del siguiente día. Antes de hacerlo, sin embargo, entraron juntos en el de Miguel y cerraron la puerta por dentro.

— ¡No me negarás que es preciosa! — dijo éste á Luis apenas entraron.

— No te lo niego; la chica es encantadora, pero antipática si las hay.

— ¿Qué dices?

— Lo que oyes, muchacho. Si la cara es espejo del alma, el alma de esa niña debe ser disimulada y embustera. La he observado despacio y he visto en ella un profundo estudio para ocultar sus impresiones y sus afectos. Son sus ojos expresivos y ardientes, y los finge fríos y mudos; su boca encendida y sus labios frescos y gruesos trascienden á pasiones vivas y á ensueños amorosos, y ella la cierra con serio mimo y adelgaza sus labios con un mohín austero y desdeñoso. En una palabra, Miguelín, la mujer es por regla general dueño de sí misma; pero ésta es maestra en el arte de fingir, y la creo capaz de envolver en sus redes al hombre que se la acerque, por listo que sea.

— Si las pobres no tienen más defensa de cuantas asechanzas las rodean que la seriedad y el fingimiento, ¿por qué quieres que renuncien al empleo de sus armas en provecho de nuestras malas intenciones?

— Eso es llevar las cosas al extremo, y suele producir el efecto contrario. ¿Qué mal había en que te hubiera reconocido en público, en que hubiese contado á todos vuestro primer encuentro, nada ofensivo para ella por cierto, y en que te hubiera brindado con su amistad agradecida?

— ¿Y las interpretaciones de los oyentes? ¿Y la burla de los mal pensados? Créeme, chico, por sobra de prudencia nunca peca una muchacha, y más si está sola en el mundo, como Matilde. ¿Has sabido algo de ella? ¿Qué te ha dicho Lola? ¿Piensa mal de ella, ó tiene algo que ocultar que no la favorezca? Háblame con franqueza; no te andes por las ramas, y sepa yo todo lo que tú sabes, para ahogar con tiempo este interés que ha despertado en mí esa muchacha.

— Las noticias son tan buenas como tus juicios respecto de ella. Cuando Lola, que tiene un carácter franco y abierto, verdadera antítesis del de la otra, elogia su juicio, compadece y quiere compartir su desgracia y emplea términos de benevolencia para juzgarla, buena debe ser de seguro. Pero eso no altera en nada mi opinión. Se puede ser muy honrada y muy juiciosa, y muy falsa al mismo tiempo. Mujer que ha cumplido ya veinticuatro años y no ha tenido nunca novio y no le quiere y hasta huye las ocasiones

de tenerle, según su amiga asegura, me da á mí muy mala espina, en cuanto á su corazón. El desamparo y la soledad predisponen á la ternura y al amor, más que la riqueza y el bienestar; y ó es insensible, lo que desmiente su cara, ó calcula fríamente lo que le conviene.

— ¿Y qué pierdo yo en intentar su conquista, ya que esa fué mi idea desde el mismo instante que la conocí? Dí ya su huella por perdida y casi la había olvidado. Pues la casualidad la pone otra vez en mi camino, necio sería en no querer aprovecharla.

— Perderías mucho, y de eso precisamente quería hablarte. Hay mujeres que á nada comprometen, y con las cuales se puede perder el tiempo, ó emplearle, sin malas consecuencias. Son toros claros, y ni exigen más que lo que dan, ni hacen del ovillo del amor una madeja de desdichas. Amar hoy, olvidar mañana, reir siempre, ese es su catecismo; y en esas embarcaciones siempre se navega á gusto. Hailas, por el contrario, que llevan siempre consigo catástrofes y melancollas, incendio y devastación, sangre y muerte. No lo tomes á broma. Sí, como me figuro y su exterior serio y reconcentrado me lo anuncia, Matilde es de estas últimas; y como dice el P. Ripalda de las tentaciones, *lo mejor de todo es huirlas*. Si empiezas ahora esa conquista y la logras en el corto tiempo que nos queda de Madrid, ¿qué ganas con ello? Al examinarte y al tomar el grado, has de marcharte de aquí para mucho tiempo ó para siempre, lo mismo que yo. ¡Tiem-

po perdido y gran disgusto si la quieres! ¡Remordimiento y quizá fatales consecuencias si ella te quiere á ti! Piénsalo bien, y aconséjate con la almohada antes de resolverte.

— Pues en la prueba está el toque de tus opiniones. ¿Quiere Matilde asunto serio, compromiso formal? La alabo el gusto, retiro mis pretensiones, y si te vi no me acuerdo. ¿Es, por el contrario, fácil y se contenta con poco? ¿A qué estamos? Podemos pasar mes y medio agradablemente, y separarnos con grato recuerdo de nuestro fugitivo cariño.

— Si así lo tomas, bendito seas. Entonces recojo velas, y sólo te aconsejo que no pierdas el tiempo. Desde mañana mismo ¡al salto!

— Y teniendo tú tan claras opiniones acerca de los compromisos amorosos, ¿me quieres decir á cómo estás de historia con Lolilla? ¿Eres su amante efectivamente, ó estás todavía en la categoría de novio? ¿Cuáles son tus planes, y qué diferencia hay entre una y otra, si ésta por alegre te niega á ti lo que probablemente me negará á mí aquélla por triste?

— También me hago yo esa pregunta hace días, y no la contesto satisfactoriamente. Lola es amable, cariñosa; no deja de hacerme algún que otro adelanto incompleto á cuenta de completas dichas futuras; pero ni es mi querida, ni tiene mi formal palabra de casamiento, ni aun dado que la tuviera pensaría yo seriamente en hacerla mi mujer. Acabo este año mi carrera, cojo mi título y á escape al pueblo. En él ó en el

primer partido vacante que me eche á la cara he de sentar mis reales, y aquí se ha de quedar doña Dolores cortando vestidos por los siglos de los siglos.

— ¿Qué haces entonces sin ir al vado ni á la puente?

— Ahogarme en poca agua; y tienes razón que te sobra. Hay que ir derecho al bulto, y desde mañana te prometo saber á qué atenerme. Todas parecen plazas fuertes, y no es posible averiguar si lo son sino después del ataque. ¡Al asalto, pues, como tú con la tuya, y Dios quiera que para su tranquilidad y también para la nuestra sepan gritar ambas desde las almenas el digno y raro *¡Prius mori quam fœdari!*

Así se separaron los dos vecinos, y media hora después descansaban de sus fatigas del día con la tranquilidad del justo, sin que ninguno de los dos lo fuera.

Y lo peor es que aquella noche parecía que se habían desarrollado en todos los habitantes del falanterio los instintos belicosos.

Roque, el inofensivo Roque, el amante zarzuelero, echaba largos párrafos consigo mismo en el obscuro zaquizamí donde descansaban sus huesos. Era preciso tomar una determinación heroica; ser hombre en fin, y acabar de una vez con aquella pereza innata, con aquella bohemia vergonzosa. Todo dependía del giro que tomara su chifladura amorosa. Hablaría claro á Lola; la diría con todas las veras de su alma que estaba decidido á herrar ó quitar el banco. Que no se hiciera la ilusión de ser esposa del estudiante de Me-

dicina. Éste en cuanto se revalidara pondría pies en polvorosa, huiría de Madrid y no le volvería á ver jamás el pelo. Él, por el contrario, estaba allí, verdaderamente enamorado, cifrando su felicidad en llamarse su marido y trabajando para los dos. Si Lola aceptaba su cariño y se convencía de la doblez del estudiante, ¡qué felicidad tan grande! En cuanto ella le diera el *sí* apetecido, iría á ver al empresario de Jovellanos ó al de Apolo, se contrataría de corista, daría lección con un buen maestro de música, educaría su voz, aprendería á cantar en serio, y de seguro á los dos años tendría una buena contrata en provincias. ¡Quién sabe si llegaría á ser un Padiña, un Valerito, un Gayarre! ¡Qué porvenir de color de rosa, qué aplausos, qué sueldo, qué posición la de su mujer! ¡Nada, nada; cosa hecha! Al día siguiente hablaría á Lola. ¿Qué podía suceder? ¿que ella le desahuciara por vigésima vez? No era probable: hasta entonces no la había él hablado al alma: bromas, miradas, adoraciones mímicas, suspiros, indirectas cantadas. Nada de esto era serio ni grave. ¡Mañana, mañana iba á ser ella! ¿Qué hacía falta para eso? ¿Valor? Le tendría. ¿Fuerza de voluntad? Le sobraba. Nada de vacilaciones. ¿Era Lola una fortaleza hasta entonces inexpugnable? Pues de cobardes no hay nada escrito. ¡Al asalto! ¡al asalto!

No era menor tampoco la batalla que á las mismas horas se libraba en el corazón de Lola. Dos años cerca llevaban de fecha sus relaciones amorosas con

Luis. Ambos congeniaban por su carácter alegre y expansivo, por su modo de juzgar la vida y por su conformidad de gustos y de aficiones. Ninguno de los dos rendían exagerado culto al *qué dirán*. Gozaban de su juventud, bailaban, paseaban y merendaban al aire libre, sin que coartaran su alegre independencia los juicios más ó menos benévolos de amigas y compañeros. ¿Pensaban mal de ellos? ¡Qué importaba eso, si Lola tenía la conciencia tranquila y no faltaba á sus deberes y era una chica honrada! Pero todo tiene un término, y aquel noviazgo podía, cuando menos se pensara, tomar un giro más peligroso y traspasar el último límite que hasta entonces había respetado el amor del estudiante. Es malo jugar con fuego, y de poco tiempo á esta parte Luisillo se iba al bulto, extremando sus protestas y acusándola de fría y de calculadora... ¡á ella, que nunca le había dado á entender sus legítimas esperanzas... que jamás había puesto mala cara á sus atrevimientos, por más que hubiera sabido contenerlos en los límites del delito! Y después de todo, ¿qué tenía de particular que fuese ya ella pensando en el mañana? ¿No iba él á concluir su carrera? ¿No era preciso quedar en algo fijo y seguro para lo porvenir? Si ella era huérfana y ganaba su subsistencia con su honrado trabajo, ¿acaso era él algún Tamerlán de Persia? ¿Tanto va de un médico de un partido á una oficiala de modista? Con sus hábitos de economía y con sus costumbres de orden y arreglo doméstico, ¿no era ella la mujer

más á propósito para afrontar los primeros años de lucha y aun de escasez de todo principiante en el solemne problema del hogar legítimo?

Y por último, si la felicidad debe conquistarse por esfuerzo propio y no esperar á que nos caiga del cielo *de bóvilis bóvilis*, ¿por qué no había ella de prepararse al combate con todas las armas de su juventud, de su belleza y de su honradez? En buen hora que creyera el mundo que su conducta era sospechosa... Él sabía lo contrario y conocería la justicia de sus esperanzas y la lealtad de su cariño.

En una palabra, al día siguiente tendría una larga conferencia con su novio. Muy larga y muy clara, y quedaría de una vez resuelto lo que había de suceder. Se trataba de escalar una posición, de conquistar un marido... Pues ¡al asalto! ¡al asalto!

En cambio, la noche fué triste y larga para Matilde. Después de arreglar en los cajones de la cómoda las pocas prendas de ropa interior que había traído de su antigua casa; de armar en el bastidor un rico pañuelo de encaje, cuya cifra debía bordar en cuatro ó seis días y por la que la pagaban cuarenta reales, dejó caer la cabeza en su mano derecha y estuvo largo rato pensativa. Dos lágrimas silenciosas corrieron por sus pálidas mejillas; y levantándose sin secarlas, metió cuidadosamente en un pañuelo de seda un objeto que envuelto en un papel blanco ocupaba todo el asiento de una de las dos sillas de paja que adornaban su pobre habitación. ¡Qué tristes y desmanteladas le pare-

cían aquellas cuatro paredes! Era la primera vez que dormía fuera de *su casa*, como ella la llamaba.

Aquella *casa* se componía de una salita abuhardillada, con luz de Oriente y vistas al tejado; una alcoba grande, alta de techo, y una cocina pequeña á la entrada. En ella había nacido, balbuceado sus primeras palabras y dado los primeros pasos. Veinticuatro años habían vivido allí su madre y ella, solas siempre, pero trabajando ambas y alegres en medio de su aislamiento por vivir siempre juntas. ¡Y qué hermosa era su madre! ¡Qué dulzura en sus ojos, qué serenidad en su sonrisa, qué nobleza en todos sus pensamientos! Cuando ya Matilde pudo tener edad para comprenderla; cuando fué preciso iniciarla en los misterios de su existencia, ¡con qué delicadeza, con qué solemnidad y con qué ternura al mismo tiempo le contó su triste pasado!

Mercedes había sido, como hoy era su hija, una humilde menestrala. Un guapo muchacho se enamoró de ella, y seis años duraron sus relaciones amorosas. Fióse la pobre joven en las palabras de aquel hombre, en la promesa formal de hacerla su mujer cuando concluyese su carrera; y de la noche á la mañana, sin una carta de despedida, sin una disculpa por su infame abandono, huyó de Madrid y de su lado, y jamás había vuelto á verle ni á tener noticias suyas.

Para colmo de desdichas y como sello eterno de su vil proceder, dejaba á Mercedes encinta, aunque ignorándolo él mismo, según ella aseguró siempre, para

poder perdonarle. Mercedes y su hija Matilde no se separaron jamás un solo día, y la muerte de la madre, acaecida el año anterior al que ha comenzado nuestra historia, dejó á la pobre criatura dos veces huérfana y desdichada. ¿Cómo había de reflejarse en su frente una serenidad que nunca había conocido, ni en sus ojos una llama plácida y juvenil, si para ella no había habido en la vida juventud ni placeres? Ver llorar, oír suspirar á su madre había sido su escuela; trabajar para mal vivir, su ocupación y su exclusivo objeto; y hoy que ya no le quedaba ni aquella sombra protectora de su niñez, ¿para qué vivía? ¿para qué iba á continuar la lucha de la existencia?

Toda la enérgica actividad con que aquel día, ayudada compasivamente por Lola, había tratado de conjurar el peligro de la miseria; sus proyectos de ímprobo trabajo para pagar los atrasos del alquiler de su domicilio; sus propósitos de perseverante tenacidad para seguir viviendo sola, triste y desdichada, iban amortiguándose en su espíritu como la luz que iluminaba su miserable estancia. Rápida como una inesperada ráfaga de viento, surgió de pronto en su cerebro la imagen de Miguel, de aquel joven que tan oportunamente la había deparado la casualidad para defenderla, y á quien la misma casualidad traía otra vez á su lado con extraña tenacidad y como piedra de toque de sus costumbres y sus ideas. ¡Oh! No tenían sus ojos la insolente curiosidad de los de aquellos hombres que varias veces la siguieran por la calle al salir del taller;

no había en las palabras sencillas de aquel muchacho la gárrula verbosidad de otros; pero... cuanto más agradables fueran sus cualidades exteriores, cuanto más simpática su figura, tanto más temible se presentaba á su imaginación.

La horrible historia de su pobre madre la hacía estremecer. También su padre habría tenido positivos encantos y dulces palabras y agradables maneras cuando su víctima le había preferido entre todos y le había dado su corazón, su alma y su honra. Precisamente en un caso idéntico estaba el peligro, la deshonra y la muerte; ¡porque ella no podría sobrevivir á un desengaño, á una infamia semejante!

Bajó la cabeza sobre su pecho, reprimió un hondo suspiro, y pasándose la mano por la frente con un movimiento convulsivo y enérgico, dijo casi en voz alta:

— ¡Nunca, nunca daré oídos á las promesas de un hombre! ¡Jamás me pondré en ocasión de ver turbada la paz de mi alma y destruído el edificio de mi voluntad! Si ese hombre se interpone en mi camino, si su imagen turba mi sueño, huiré inmediatamente de esta casa y aun de Madrid, antes que exponerme á ser amada por él y aun á amarle yo misma. ¡Para mí no hay amor posible, no hay porvenir, no hay felicidad!

En vano apagó la luz... Su imaginación le ponía delante de sus ojos cerrados la imagen de Miguel. ¡Qué extraña persistencia! Se echó vestida encima de la cama. Quería levantarse muy temprano, ya que no

había aprovechado la noche para trabajar. El sueño, ese amigo callado y cariñoso que endulza nuestras penas y calma nuestros nervios excitados, tardó mucho tiempo en besar sus párpados. Al fin, no sin trabajo y con ruidos insólitos, pudo sentir su cerebro en calma. ¡Pobre muchacha! ¡Dormía!

.
El día amaneció frío y lluvioso, impropio de Mayo, pero muy natural en Madrid, donde los bruscos cambios de temperatura, al final de la primavera sobre todo, parecen desesperaciones del invierno por no poder prolongar su horrible reinado sobre la insalubre corte de las Españas.

Excepto D. Blas, que dormía á pierna suelta, y don Atanasio, que no le iba en zaga, todos los demás madrugaron como obedeciendo á una consigna. Salió primero á la compra *la Aragonesa*, dejando ya levantada á Lola y oyéndose en los cuartos de los estudiantes ruido de lavoteo y chasquidos de fósforos para encender los cigarros matutinos. Roque, el impertérrito Roque, cantaba á la puerta del comedor en voz baja, pero con acento intencionado:

— Ya brilla el sol en la verde pradera,
Ya su perfume despide la flor...

Pero ¡oh desencanto! Cuando al salir Lola de su habitación quiso abordarla para poner en planta su proyecto de la víspera, abría Luis la puerta de la suya y salió á su encuentro.

— ¿Vienes, Matilde? — dijo en voz alta en el pasillo.

— Ya sabes que hoy tengo que hacer y no podré ir al taller hasta la tarde — le contestó su amiga desde adentro.

— Tanto mejor — murmuró Luis al oído de su modista. — Ayer no pudimos hablarnos con tantos asuntos, y tengo muchas cosas que decirte.

— Tanto mejor — le contestó Lola copiando su frase. — También yo tengo que hablarte hoy muy seriamente.

— ¿Sería tú? Algo extraordinario pasa.

— Puede. Allá veremos — y sin esperar más y diciendo á Matilde: «Hasta luego, chica,» bajó con rapidez la escalera, seguida del estudiante.

¡Pobre Roque! «Será á la vuelta,» dijo. ¡«De hoy no pasa!»

Miguel acababa de lavarse y vestirse. Había oído la despedida de Lola y sabía por Matilde que no iba al taller aquella mañana. Tenía que hacer; pero ¿dónde? ¿En casa? ¿En la calle? ¿Se iba á quedar bordando en su cuarto? ¡Gran ocasión para hablarla! Roque saldría, *la Aragonesa* tardaría en volver, D. Blas y D. Atansio roncaban aún. ¿Por qué no aprovechar aquella circunstancia que quizás no se repetiría con tanta facilidad?

Salió de su cuarto, procuró andar de puntillas por el pasillo y aplicó indiscretamente un ojo á la cerradura de la habitación de Matilde. Como la llave no estaba en la cerradura, pudo ver á la modista vuelta de

espaldas y poniéndose el velo. Iba á salir. ¡Mejor! Retiróse rápidamente, y con las mismas precauciones abrió la puerta de la escalera y se bajó al portal. La verdad es que la muchacha era preciosa, y hasta aquella mirada triste y aquel gesto serio la daban un aire distinguido, mucho más distinguido que el de Lola. ¡Buena diferencia!

Ignorante Matilde de todo lo que pasaba y sin sospechar el espionaje de que era víctima, concluyó su sencillo tocado; cogió de la silla el paquete que había preparado la víspera dentro del pañuelo obscuro de seda, y con la fisonomía aún más triste que de costumbre, pasó por el cuarto de Miguel sin lanzar una ojeada.

Al llegar al portal no pudo reprimir un grito de sorpresa y de disgusto. El estudiante le cerraba el paso.

— ¡Esto se llama madrugar, niña!

— Buenos días — le contestó ella, dirigiéndose resueltamente á la calle.

— ¿Dónde tan temprano? Yo la acompañaré á usted.

— Ruego á usted que no se moleste. Voy siempre sola, y hoy con más motivo.

— ¿Hoy precisamente que tengo yo gusto y empeño en acompañarla?

— Se cansa usted en vano, y me molesta su insistencia.

— Cederé sólo cuando me diga usted adónde va tan aprisa y casi de madrugada.

— ¡Voy á ver á mi madre, caballero!

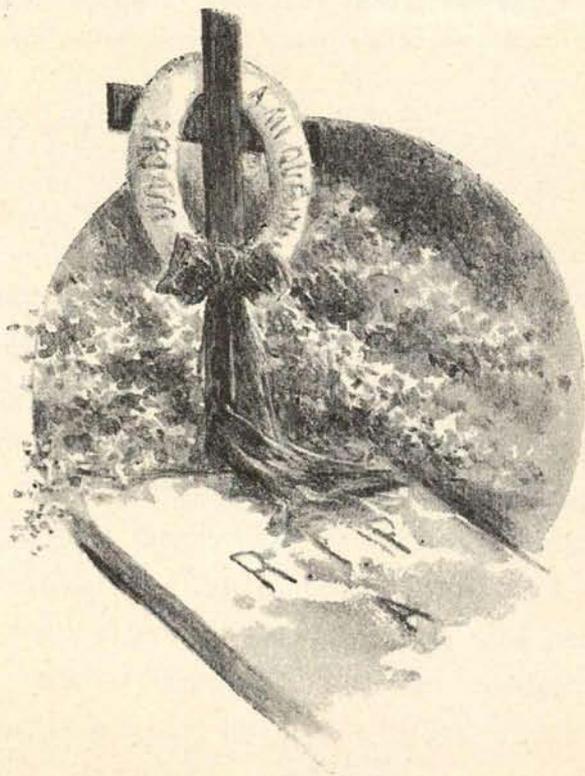
— ¡A ver á su madre! ¡Demonio! ¡Pues yo había oído

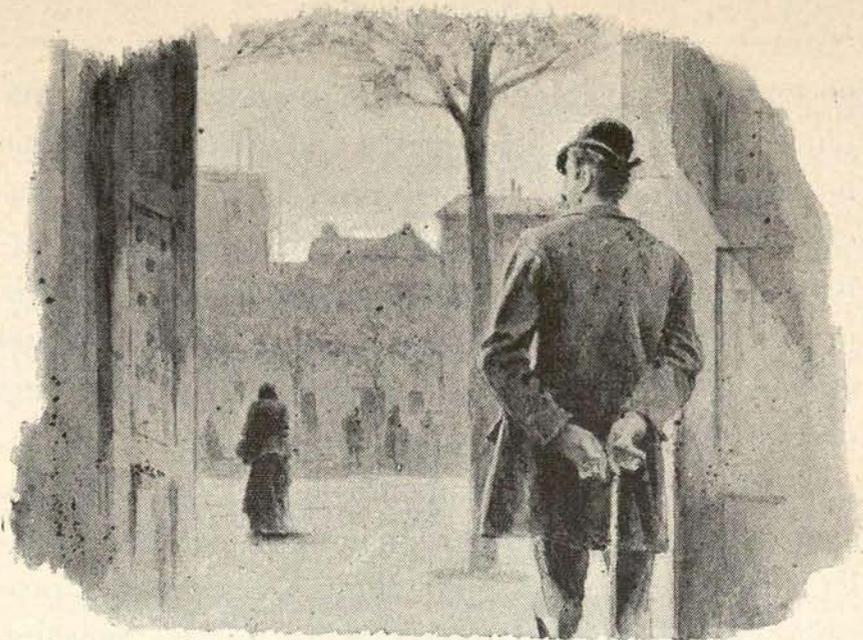
que era usted huérfana! Me he equivocado sin duda.
¿Adónde va usted á ver á su madre?

Matilde abrió el pañuelo de seda, rasgó el papel que iba dentro y enseñó á Miguel una corona de siemprevivas y pensamientos.

— ¡Al cementerio! — dijo sencillamente, y siguió su camino.

Miguel lanzó una exclamación de sorpresa, retrocedió dos pasos y bajó humildemente la cabeza.





Miguel permaneció más de un cuarto de hora absorto

CAPÍTULO SEXTO

DERROTA EN TODA LA LÍNEA

Estaba avergonzado. Los consejos de Luis, el estudiante práctico en empresas amatorias, no habían servido de nada; al contrario, habían puesto de manifiesto la injusticia con que el hombre suele medir á todas las mujeres con un mismo rasero. Matilde no era una de tantas modistillas, frívolas, alocadas, que por coquetería ó libertad de costumbres aceptan de buenas á primeras las consecuencias de una cita y los peligros de unas relaciones amorosas improvisadas.

Cierto que la ocasión no podía haber estado peor escogida para sentimientos pasajeros, si éstos habían de encontrarse en lucha abierta con otros profundos

en un alma sensible; pero aun sin esta fatal circunstancia, bien conoció Miguel en la severa fisonomía de Matilde que se había equivocado, y que la audacia, la ligereza y la procacidad no podían ser armas útiles para conquistar y vencer el corazón de la joven. Aquel primer intento de aproximación, aquel ataque brusco, sólo había obtenido un fracaso, una derrota, una gran plancha, como diría Lola.

Era preciso, si efectivamente la chica le gustaba, cambiar de plan, pedir perdón humildemente de aquella equivocación, mostrarse sumiso y adoptar el procedimiento largo y platónico de los amores sensatos y respetuosos, y conquistar poco á poco la confianza de Matilde, para conseguir más tarde su simpatía y su amistad, y más tarde, pero mucho más tarde aún, su amor y quizá su posesión. Pero esto requería tiempo de sobra y él no lo tenía. A últimos días de curso... con su examen en perspectiva, con su pensado é inevitable viaje á Cuenca, ¿para qué entretenerse en empresas largas y de éxito dudoso? Lo mejor era olvidar á Matilde, suponer que aquella aventura no había existido y entregarse en cuerpo y alma á lo práctico, á lo conveniente para su presente y su porvenir. Si en los seis años que llevaba de estudiante en Madrid había sabido librar su existencia de aquellos riesgos, ¿no era estúpido y hasta ridículo que fuera á caer en el precipicio, precisamente en el momento de llegar á la meta, al fin de sus afanes, al logro de todas sus esperanzas?

¡Nada, nada! Cerrar los ojos, suponer que no había visto nada, convencerse á sí propio de que nada sentía, persuadir á su corazón de que no debía amar sin que su razón se lo mandara, presenciar con la mayor indiferencia la batalla de su imaginación con su voluntad, y si iban mal dadas, si la tempestad arreciaba... en último caso... ¿pies, para qué os quiero?

Y á todo esto sin querer darse exacta cuenta de lo ocurrido. El pícaro amor propio, la desdichada vanidad humana, ciega hasta á los hombres más sensatos, y como la sencilla respuesta de Matilde á su brusca acometida podía y debía considerarse como una repulsa, como una lección por lo menos de sensatez y cordura, lo mejor era echarlo á barato, no darle importancia y pasar como sobre ascuas por tan quisquilloso asunto.

Miguel permaneció más de un cuarto de hora absorto en todas estas reflexiones, mirando á Matilde, que había cruzado la calle y desaparecido por la ronda de Atocha con dirección al barrio del Pacífico ó á la calle del Sur. La había perdido de vista por entre carros y tranvías. Sin duda debía estar enterrada su madre en alguno de los cementerios enclavados en la zona de la estación del Mediodía.

Después, con paso lento y preocupación reflexiva, comenzó á subir la pesada cuesta, tardando más de tres cuartos de hora en llegar á la Universidad, él, que solía recorrer en quince minutos el largo trayecto. Cierto que á él no le importaban nada aquellas

disfrazadas calabazas de una modistilla; que lo mejor que podía haberle sucedido para su tranquilidad y el buen orden de sus negocios era aquella derrota, si derrota podía llamarse; pero convengamos en que la comedia de dignidad y de quisquillosa virtud de la muchacha era extemporánea y ridícula. ¡Ni que fuese á comérsela con los ojos! ¡Ni que por tan nimia broma llegaran á escandalizarse las naciones extranjeras!

¿Y qué hacían mientras nuestros dos novios, decidido él á cambiar este ridículo nombre por el agradable y simpático de *amante*, y ella por el más digno y eufónico de *esposa*? El tiempo apremiaba y la solución urgía. Ambos estaban decididos. No más dudas ni vacilaciones.

—¿Sabes que ya me va cargando la insistencia de ese mastuerzo de Roque en decirte chicleos en música, y que estoy resuelto á darle un puntapié y á echarle de la casa para que no te moleste más?— así empezó Luis la conferencia que iban á tener hasta llegar al taller de Lola, supuesto que la primera clase del estudiante no era hasta las nueve de la mañana.

— Pero ¿qué te importan sus inútiles aspiraciones, si yo no le hago ningún caso? ¿Y con qué derecho quieres impedir que me esté ofreciendo continuamente su amor, si me ofrece con él... ¡pobre muchacho! su mano, y si tú que tan grande me le tienes no hablas de eso nunca una palabra?

Esto era enseñar la horca antes que el lugar y sa-

lirle al encuentro de un modo claro y terminante. Parece que el ataque iba á ser simultáneo. No contaba con eso el bueno de Luis, así es que repuso:

— Eso no es cuenta suya. Yo estoy en relaciones contigo y él lo sabe. Debía por lo tanto abstenerse de hacerte la corte, con tanta más razón, cuanto que en su ridícula y humillante condición de *criado* de la casa, debía taparse los ojos antes de ponerlos en un objeto para él demasiado alto.

— Puede que en efecto eso no sea cuenta suya. Pero eso de nuestras respectivas categorías es risible. Él no es nadie, comparado contigo, que después de todo eres hoy un estudiante pobre, pero que serás mañana un Licenciado en Medicina, y quién sabe si después un Médico famoso y rico; pero comparado conmigo, es poco más ó menos lo que yo. Entre un criado, que puede ser mañana ayuda de cámara de un grande ó mayordomo de un banquero, y una oficiala de modista hoy y mañana y siempre, la diferencia no es ninguna. Ambos somos pobres; ambos servimos, él á un amo, yo á una maestra; boda sería la nuestra, si yo aceptara su cariño y su nombre, de las más equilibradas, de las más convenientes quizás... ¿No te parece lo mismo?

Esta sí que era una indirecta del padre Cobos; esto sí que era poner los puntos sobre las íes y pedir una contestación categórica. Por lo mismo que Luis lo comprendió así, procuró salir por la tangente.

— ¿No estás contenta con mi cariño? ¿Á qué vie-

ne echarme en cara el que otro hombre pueda tenerte?

— Sí que estoy contenta; pero como tú has empezado por hablarme hoy de ese amor que un hombre que no eres tú puede tenerme, natural es que conteste á tus celos.

— Yo no tengo celos, porque no dudo de ti; pero me carga que ese mochuelo te ande siempre á los alcances, cuando al hacerlo, sabiendo que tú me quieres, parece que se burla de mi cariño y que no quiere reconocer mis derechos, de prioridad al menos, sobre tu corazón.

Esto no era contestar en el terreno que ella quería, sino evadirse de colocar la cuestión en su verdadero punto de vista. Así es que decidida Lola á jugar el todo por el todo, paróse de pronto, y mirando fijamente á su amoroso acompañante, le dijo, sonriendo siempre:

— Y puesto que tú mismo me has obligado á hablar de ese asunto, mejor es que hoy mismo le aclaremos por completo. Ya te he dicho que no sólo no estoy descontenta con tu cariño, sino que le necesito para ser dichosa y que te pago con todo el mío. Esto es un hecho consumado y no hay que hablar de ello. Tampoco el amor, más ó menos formal, del pobre Roque tiene nada que ver con nosotros, por ahora al menos. Ese es un incidente episódico que sólo podría tener importancia en determinada y ulterior circunstancia. Conque hablemos de ti y de mí nada

más. Me quisiste y te quise, siendo tú el primer hombre que hizo latir mi corazón de veras y al que con más gusto que á todos los demás permití acompañarme á todas horas, estrechar mi mano y mi cintura en bailes y paseos, robarme algún que otro abrazo, etcétera. Ese es nuestro pasado. Me quieres y te quiero con toda mi alma: ese es nuestro presente. Ahora bien: pon la mano en tu pecho; sé leal como yo lo soy, y contéstame ahora mismo. ¿Cuál va á ser nuestro porvenir?

— ¡Pero chiquilla! Eso ¿quién lo sabe? ¿Cuál es el ser ridículo y pretencioso que cuente de buenas á primeras con lo que no depende de él? ¡Tiene gracia la pregunta! ¡Ahí es nada!

— Conozco que la pregunta está mal hecha. Dejemos la identidad de suerte al azar, ó mejor dicho, á Dios, que es quien arregla esas soluciones á dúo ó en conjunto, y contéstame ahora por tu cuenta. ¿Cuál va á ser mi porvenir en cuanto de ti dependa? Me parece que la pregunta no puede ser más clara.

— Lo mismo da tu pregunta concretándose á ti sola que refiriéndose á ambos. La vida es tan corta y la juventud tan rápida, que me parece una locura vaticinar sobre ella. Hoy por hoy nos amamos; y si de amor se trata, eso es lo importante. ¿Quién es capaz de saber lo que tu alma y la mía harán mañana?

— ¡Pues mira lo que son las cosas! A cualquiera le parecería ambigua tu respuesta, y á mí me parece categórica.

— Necesita, sin embargo, algunas explicaciones, y voy á dártelas. Yo soy pobre; tú más. No tenemos ni empleo ni emolumentos fijos ni ajuar siquiera. ¿Me quieres decir lo que podría resultar si celebráramos, así al buen tun-tun, un bodorrio á la española?

— ¿Conque un *bodorrio*... y á la española? No me disgustaría que me explicaras qué tiene que ver en esos asuntos la nacionalidad.

— Pues voy á complacerte. En España se casan dos muchachos sin un cuarto de capital ni de renta; piden dinero prestado, cada uno por donde puede, y con ese fondo de *déficit* comienzan la vida matrimonial, de la cual, como es naturalísimo, al año ó antes están ambos hartos y arrepentidos. Cuanto más se amen y menos se hastíen de sí propios, más pronto llenan la casa de angelitos, que prueban su pasión ardiente, pero que han de comerse un pan cada uno con el tiempo. Figúrate una interminable serie de bautizos, cuentas de médicos, zapatos, sarampión, difteria, libros y colegios, encerrado todo en una buhardilla del barrio de las Peñuelas, y figúrate en lo que viene á parar un casamiento apasionado de un estudiante loco con una modista mema.

— ¡Obscuro está el cuadro y cargadito de color! Efectivamente, como ese hay mil, á la española; pero voy á pintarte otro, que no le va en zaga y que pertenece á la escuela francesa.

— ¡No te hacía yo tan fuerte en bellas artes! Pero en fin, venga el cuadro de esa unión extranjera.

— En él estamos nosotros, para dar más color local á la pintura y por si eso es lo que más te agrada en materia de uniones. Yo pobre modista y tú estudiante pobre nos queremos entrañablemente; días vienen, días van, y tú me eres fiel y yo te soy constante. Como no tienes sobre qué caerte muerto y yo no tengo más dote que mis dos manos para coser ó bordar, te examinas, tomas tu título y te vas por esos mundos de Dios á buscar fortuna, toda vez que sin ella no se puede casar nadie *en Francia*. Nos escribimos muy á menudo al principio,... más de tarde en tarde después; tú sigues viajando y yo cosiendo; y al cumplir yo los treinta años, recibo el día menos pensado una carta tuya, ó de un amigo si tú no te atreves á darme el tó-sigo, en la que me anuncia que te has casado, con la mayor tranquilidad del mundo. Tú eres muy bueno en el fondo;... tu familia ha sido exigente y desconsiderada;... yo te he sido fiel á carta cabal, y he hecho un negocio redondo con tu cariño. Y conste que no llevamos al extremo mi cuadro; y que yo, por algo lista ó decente por instinto, no me he puesto en el trance de ser madre, arrastrada por mi cariño y obcecada por tu pasión. No hay crimen en nuestro amor, por fortuna para el decoro y para el alma; pero hay un dolor eterno, un caballero casado que vive alegre y feliz, y una tonta que emplea la vida que le resta en rezar á Santa Rita y en vestir imágenes. Vamos á ver chacho, ¿qué cuadro te gusta más y qué unión prefieres para mí? ¿la española ó la francesa?

— Si he de decirte la verdad, no sé qué cuadro es más feo; y eso te prueba que ni es posible echar cuentas con el porvenir, ni la gente sin dinero sirve en el mundo para maldita de Dios la cosa. Pero algo me extraña de esta conversación grave, y no quiero que se me pudran en el cuerpo ciertos reparos que se me ocurren. ¡Vamos á ver, chiquilla! ¿Cómo tú, que hasta ahora has sido siempre vivaracha, alegre, inquietilla y un si es no es coqueta y despreocupada, te has hecho de repente calculista y previsoras? ¿A qué viene esa inquietud por un mañana lejano siempre, teniendo hoy por hoy juventud y amor, los dos soles más espléndidos del universo? Mientras nuestro corazón goce y ame en la dicha presente, ¿por qué abrigar pensamientos tristes y ser ridículamente el enfermo de aprensión? El mañana está siempre á gran distancia del hoy; quien no aprovecha la vida es un visionario; y puesto que nuestra edad nos convida á amar, amémonos hoy, alma mía; que ni el cielo se cierra para todos, ni todos hemos de llegar á viejos.

Alzó Lola los ojos; clavólos un momento en los de Luis en silencio, y después de una breve pausa, le dijo:

— Mi nueva amiga me ha contado la historia de su madre, y tal impresión me hizo, que desde aquel momento no se aparta ni un punto de mi memoria.

— ¿Tan horrible es, ó tan extraña?

— Extraña no; vulgar, vulgarísima; pero tan horrible, que estremece sólo pensar en ella. Amóla un hom-

bre, ó mejor dicho, le juró que la amaba, y ella, crédula y confiada en sus promesas, cerró su corazón á la duda y su espíritu á la desconfianza. Él era también un estudiante como tú; y concluyó su carrera, y despidiéndose de su amada para ir á ver á su familia, juró una y mil veces que antes de tres meses estaría de regreso á su lado para no separarse jamás de ella.

— Sí; dijo *vuelto* y no volvió...

— Y efectivamente, no volvió; pero la infeliz mujer, sola, pobre y abandonada... fué madre.

— ¡Sí; eso sucede algunas veces!—murmuró Luis casi entre dientes. Lola no le oyó ó aparentó no oírle.

— Tras la deshonra y el desengaño llegó la ruina y la miseria. Una muchacha que tiene que trabajar diariamente para comer, cuando no puede trabajar... no come y tiene que pedir limosna de puerta en puerta. Tras de la miseria, el hospital, y cuando salió de él se encontró otra vez sin trabajo, sin amparo y con una hija á quien criar con la envenenada sangre de sus venas. ¡Lo que no se concibe es cómo puede salir de tal situación una mujer sin caer en el viaducto ó en el lupanar! La madre de mi amiga vivió por fin (ni ella misma sabe cómo), y enseñó á su hija á trabajar, que es mucho, y á ser buena, que es más; y puedes figurarte la existencia de las dos criaturas año tras año, sin haber vuelto á saber jamás del fugitivo y sin más porvenir que la eterna lucha de trabajo al día. Tal vez hubiera podido encontrar la madre de Matilde un hombre honrado que la ofreciera su nombre; pero era

incapaz de engañar á nadie villanamente y de renegar de su hija, y siempre evitó la ocasión de semejante peligro. Muchas en su caso, casi todas, hubieran aceptado el amor pasajero de otro hombre, y luego el de otro, cayendo de esa manera en una prostitución disimulada; pero estimaba en tanto el pudor de su hija, que prefirió la perpetua soledad de la miseria honrada á un bienestar comprado á costa de la vergüenza pública.

— ¡Pobre mujer!

— ¡Me alegro que lo conozcas! Así arrastró su pobre vida hasta el año pasado, en que, no vieja aún, pues apenas contaba cuarenta y cinco años, descansó por fin de las penas de la vida, y murió dejando á su hija las sagradas deudas de su enfermedad y de su sepultura, el cruel ejemplo de su deshonor y la triste historia de sus amores. Ya ves, como te decía, es un caso tan vulgar y tan sencillo, que no hay hombre que no lo encuentre naturalísimo y hasta disculpable y aun digno de halagar su vanidad de enamorado. Pero ¡qué quieres!, á mí me ha hecho pensar en que si los arranques del amor y los ardores de la juventud pueden producir tal cúmulo de desdichas, mejor es sufrir antes un poco por virtud, que tanto después por no haber sabido conservarla.

Hubo un momento de pausa.

— ¡Todos los hombres no han de ser iguales! Sería gran injusticia en las mujeres, no sólo decirlo, sino figurárselo siquiera.

— ¡Ay, hijo mío! Eso es indudable. ¡Pero qué quieres! Por eso se inventó el refrán de que «pagan justos por pecadores.» Como ni el hombre más digno de crédito ni el más incapaz de hacer una canallada llevan un letrero en la frente que diga *soy de fiar*; y como eso de engañar á las mujeres es tan discutible, y si me apuras hasta tan *distinguido*, lo mejor es no fiarse de ninguno. No te ofendan mis dudas respecto de ti, suponiendo que las tuviera; es una opinión general, y como todas las mujeres en igual caso deben abrigar dudas respecto á sus pretendientes, lo mejor, y perdona tantos refranes, es atenerse al que dice: «En caso de duda, abstente.» Este es un caso de duda; abstengámonos, y en paz.

— ¡Es que yo te quiero y te querré siempre!

— ¡Y yo, hijo, y yo! Casi estoy tentada por decirte, con poquísima vergüenza, que me muero por ti.

— ¡Y yo me muero por ti mil veces más!

— Eso ya me parece mucho, porque no puede uno morirse más que una vez. Pero admito la exageración, y vámonos muriendo.

— Lo dices en son de burla, y yo no te he dado motivo para que sospeches de mis intenciones.

— Tampoco me le has dado para que no sospeche de ellas. Vamos á cuentas y contéstame con franqueza. ¿Cuándo me has hablado en serio del fin á que aspiras en nuestras relaciones? ¿Cuándo me has contado tus planes para el día en que concluyas tu carrera, que ya ves si está próximo, y en qué he po-

dido adivinar que contabas conmigo en las cuentas del porvenir? ¿Me has prometido acaso, y claro es que las *promesas* no alteran la esencia de los hechos tal como hoy te los presento, que me destinas á compar-tir contigo tu título de Médico-Cirujano? Sé franco, como lo has sido siempre, y respóndeme.

— Pues eso mismo te prueba mi lealtad y tu in-justicia al juzgarme. No; jamás te lo he dicho, porque no se me había ocurrido... porque nunca lo había pensado... porque hasta hoy no lo había sentido.

— ¡Bravo! ¡Así me gusta! ¿Ves cómo las cuentas cla-ras hacen los buenos amigos? Casi estoy por creer que vamos á quedar hoy más amigos que ayer, aun-que quedemos un poquino menos amantes.

— Conviene mucho, *amiga* Lola, puesto que por amiga te me ofreces, que seas, en nombre de tu sexo, más imparcial al tratar del nuestro. ¿Creerías sensato y racional que al acercarse un hombre á una mujer para decirle que le es simpática y agradable, de buenas á primeras le prometiese casarse con ella? ¿Tan de burla y de paso es el matrimonio, que puede ofre-erse de primera intención, sin conocer antecedentes, carácter, conducta y disposiciones físicas y morales, para un lazo indisoluble? Fuera el matrimonio yugo *temporal*, más ó menos largo, y habría un ciento por ciento más de bodas, de las que quizá más de la mi-tad se confirmaran para *in æternum*. Pero hija, se trata de *cadena perpetua*; y en ella las equivocaciones no pueden enmendarse, ni las faltas raspase, ni las

nulidades anularse. Ya es mucho para la felicidad mutua que salga flaca la que creíamos metidita en carnes, ó enferma la que nos engañó con su carita de manzana, ó estéril la que elegimos para madre fecunda de ansiada prole; pero aún es peor que haya sido mala antes de casarse, ó lo sea después, la que elegimos por buena; ó resulte hiena la que se nos dió por cordera, ó gastadora la que nos dió pruebas de económica, etc., etc., etc. Hay además en el hombre la experiencia, la triste práctica de que muchas mujeres, pero muchas, no fueron las *seducidas*, sino las *seductoras*; que hay mil ejemplos de matrimonios desdichados por culpas propias y ajenas cometidas antes de la ceremonia, y que si hemos de creer en refranes, ninguno es para el hombre más oportuno y más sensato que aquel que dice: «Antes que te cases, mira lo que haces.»

— ¡Cuando te digo que hemos de ser muy amigos desde hoy, pero muy amigos! Eso es hablar con juicio y con criterio. El refrán no creo que distinga de sexos, y tan bueno me parece para ti como para mí. No es que yo piense en casarme por ahora, aunque tengo quien lo solicite; pero te aseguro que antes de hacerlo lo miraré mucho, y que me alegraré en el alma de que á ti te pase lo mismo.

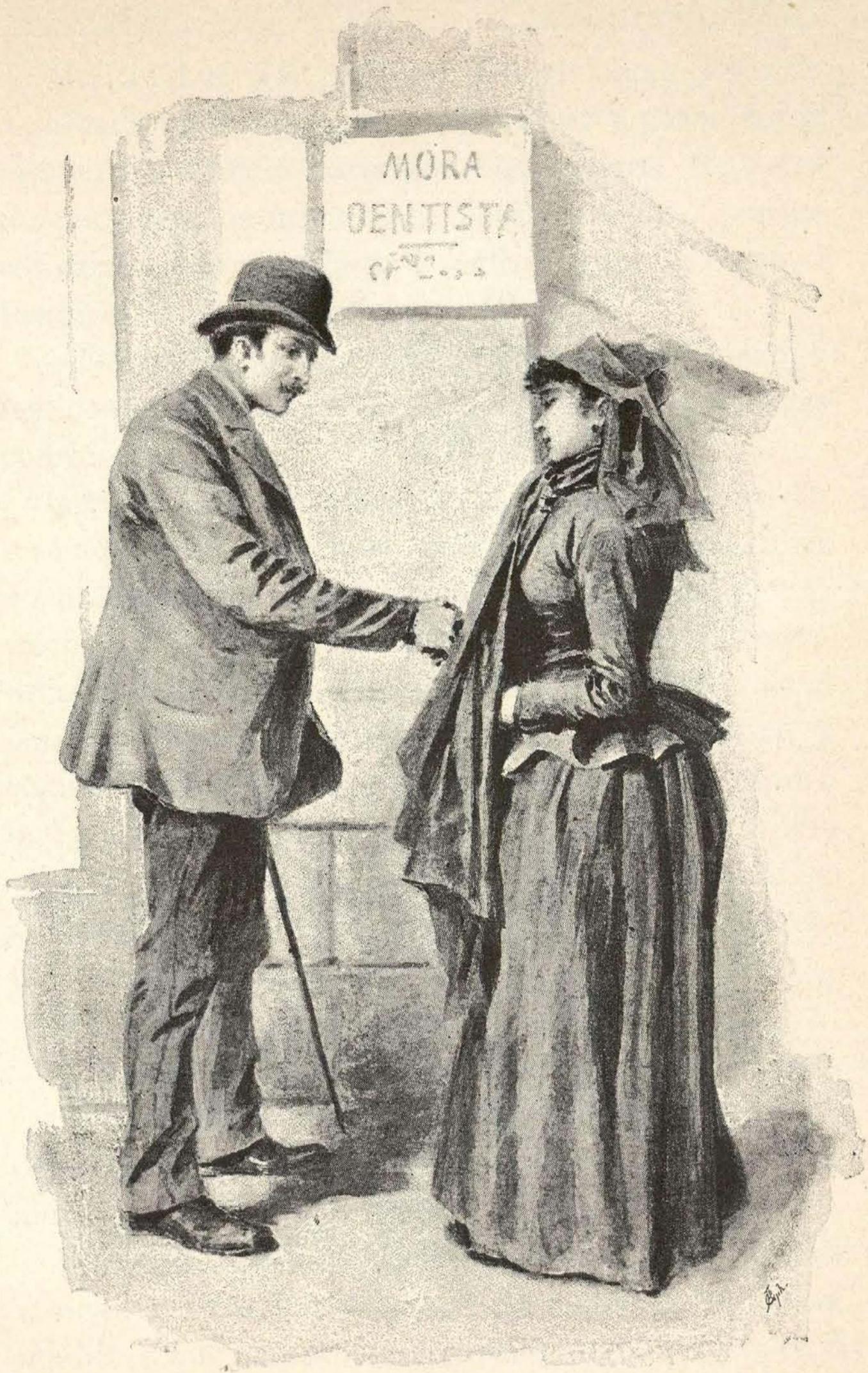
— ¡Hola! ¡hola! ¿Conque los moros que había en la costa ya se deciden á ser católicos-apostólicos-romanos? ¿Conque tenemos *ofertorio* en la misa? Sea enhorabuena, prenda.

— Ni lo eches á barato, ni yo he dicho que acepto el ofrecimiento, ni al *dominus vobiscum* he contestado *et cum spiritu tuo*. Bien se está San Pedro en Roma, y los moros esos en su costa, y tú y yo juntos donde estamos. Lo que hay es que aclaradas por completo nuestras dudas, que deshechas nuestras respectivas esperanzas, si algunas teníamos cada uno por su lado y á su manera, Dios ya no puede engañarse ni engañarnos. Tú me quieres, lo creo; yo te amo, créelo tú también; pero ni tú quieres engañarme, ni yo me he de dejar engañar; ni tú me hablas para nada de matrimonio, ni yo te pido ni te exijo que de él me hables. Nos amamos de todas veras, con todo nuestro corazón; seguimos *moralmente* y con *moralidad* en continuo contacto *moral*; y respecto á contactos físicos, y perdona el modo de señalar, ni nuestro cariño los necesita, ni hay que hablar de eso por ahora. ¿No te parece, hijo?

Habían llegado los interlocutores frente al Ministerio de Fomento. Luis trató de acortar el paso; y Lola, como si no hubiera comprendido tal deseo, aceleró el suyo, cual si tuviese miedo de llegar tarde al taller.

— Faltan cinco minutos para la hora, y me parece que podías concedérmelos con cinco más de propina — dijo Luis con acento insinuante.

— Figúrate los minutos que aún hemos de pasar juntos hasta que te examines y hagas tus últimos ejercicios y saques tu título de Licenciado y te vayas



Venga esa mano, adorada y chiquita...

de Madrid á ver á tu pariente el segoviano... ¡Pues no digo nada de los que hemos de volver á pasar desde tu vuelta á Madrid hasta que Dios quiera! No escatimemos hoy los minutos de libertad mutua, porque me siento algo nerviosilla y podría tomarme como si fueran sólo míos todos los que faltan.

— De modo que por haber sido contigo franco y leal como deseabas, ¿me castigas y casi me amenazas con tu enojo?

— Mira, Luis, dejémoslo aquí, si no te molesta demasiado. Hay momentos en la vida en que sin saber cómo la lengua va un poco más aprisa que el pensamiento, y yo no me perdonaría nunca que sin ofenderte el mío, te ofendiera ella. Déjame seguir sola el poco camino que me falta, vuélvete tú á tu clase, y como el diálogo ha sido un poco largo, no nos vendrá mal á cada uno nuestro poquito de monólogo. Adiós y hasta luego: piensa en mí como siempre, y ahí va mi mano en señal de que ni te guardo rencor ni estoy enojada contigo.

— Venga esa mano, adorada y chiquita...

— Suéltala ya, y lo dicho dicho. Después de almorzar seguiremos la conversación; y si quieres acertarlo, olvidémosla por completo, suponiendo que estamos aún en el día de ayer. Nada: hoy no nos hemos visto.

Y rápida como una flecha se separó Lola de Luis, tomó la calle de Carretas con ese pasito corto de las modistas, que cansaría á un caballo al galope, y le dejó plantado y absorto frente á la calle de Barrionuevo.

— ¡Diantre de chiquilla! — murmuró el estudiante. — El milagro salió huero, todo mi plan estratégico de hoy ha venido al suelo. ¡Y que tenía yo pocos humos de conquistador y venía preparado con un discurso al alma, lleno de arranques de pasión y de argumentos *ad hominem*, que debían por cierto haber ido *ad mulierem*!

Lola no dijo nada: apretaba el paso cada vez más; y cuando llegó á la puerta del taller en la plaza del Angel, sin haber vuelto la cabeza una vez siquiera, se llevó rápidamente la mano derecha á los ojos y la pasó por ellos con furia. Algo encarnaditos estaban cuando entró en la tienda, pero nadie llegó á figurarse que habían llorado.





¡Pero hombre de Dios!, ¿para qué quiero yo esa maza de Fraga?

CAPÍTULO SÉPTIMO

ARMISTICIO PARCIAL

El tipo era madrileño puro. Baja de estatura, pero perfectamente formada; ancha de hombros, estrecha de talle, bien contorneada de caderas, acusando, aunque sin exceso llamativo, el turgente seno; de pies pequeños y siempre esmeradamente calzados, andar gracioso y menudo, cabello naturalmente rizado, ojos expresivos y de mirar intencionado, labios de grana siempre adornados de un mohincillo desdeñoso, y pálida la tez, como si le faltara aire para colorear el cutis moreno claro de su linda cara. Algún estético adorador del tipo griego tendría por defectos su frente no muy ancha y su nariz algo pequeña y un si es no es

respingoncilla; pero los aficionados á la belleza de la expresión sobre los de la forma, quizá encontraban en esos dos defectos su mayor encanto.

Desde chica fué la alegría del barrio y el ojito derecho de las vecinas de la calle. No hablemos de sus parientes, pues todos se la disputaban con cariñoso encarnizamiento, haciéndola cambiar continuamente de domicilio. Tenía una tía sastra, otra *maestra* de labores en la Fábrica de cigarros y un primo de su madre predero en las *Américas*, no de Colón, sino del Rastro. En cuanto á su madre, si hemos de ser cronistas fieles, podemos decir que no era mujer de grande arraigo ni de costumbres sedentarias. Fué una temporada ribeteadora; pero como se estropeaba los dedos y á los pícaros hombres suelen gustarles mucho las manos bonitas, cambió su oficio por el de peinadora, y en éste sí que tuvo éxito. Las malas lenguas del barrio dijeron que si en aquella época hubiese sido ella muchacha de juicio y previsión, hasta hubiera podido ahorrar muchos duros. Como que peinaba á lo más selecto del gremio de entretenidas y pajaritas de alto bordo. ¡Y pocos señoritos que la asediaron y pocos señorones que la quisieron quitar del oficio, hasta que uno más afortunado ó más audaz que los otros lo consiguió, y hasta dicen que la llevó consigo una temporada por países extranjeros!

Mientras tanto, Lolilla crecía, alimentada por esta, vestida por aquella, educada por nadie y acariciada por todos. ¡Qué chiquilla más mona! Cuando con un mantón